

Madurez martirial de un niño tercermundista

Muy mal deberían ir las cosas si, de aquí a unos años, la Iglesia de Pakistán no consiguiera de la Santa Sede la beatificación, como mártir, de *Iqbal Masih*. Un mártir que ha encontrado la muerte, por cierto, en condiciones singulares: cuando se paseaba, junto a dos compañeros, con su pequeña motocicleta por las calles de su pueblo. Había recibido en los últimos meses numerosas amenazas de muerte. Él, consciente de la importancia de su lucha, no había declinado de su responsabilidad. Sabía, pese a sus sólo 12 años de edad, que se jugaba la vida; pero aceptó el desafío por caridad para con los no menos de seis millones de niños que, en su país, son explotados en los talleres de fabricación de tapices, explotación que linda con la esclavitud.

Desde sus cuatro años de edad *Iqbal Masih* conocía lo que era el trabajo en una fábrica de textiles. Sus padres, abrumados por las deudas contraídas, lo habían vendido a un fabricante. El precio había sido fijado en 16 dólares americanos. Por toda compensación a una larga jornada laboral, recibiría una rupia diaria...

Se bautizó. Demostró con esta decisión que tenía un corazón bien templado. Había nacido y vivía en la pequeña localidad de Muritqe, nido de los fundamentalistas islámicos, grupo —hoy por hoy todavía minoritario en el país— que pretende hacer del Pakistán una República Islámica con la imposición de la Charia (el 97 por ciento de los 120 millones de pakistaníes se confiesan musulmanes. Los católicos constituyen sólo el 1,5 por ciento).

Tuvo la fortuna de tropezar un día con *Ehsan Ullah Khan*, presidente de un *Frente de Liberación* que denuncia de continuo el trabajo forzado al que se encuentran encadenados varios millones de niños pakistaníes. Tenía su cuerpo arruinado por el asma y su rostro estaba prematuramente envejecido. No así su corazón. «Era un chico valiente, inimaginable su coraje», ha declarado su inspirador *Khan*. En ese coraje singular se traducían para *Iqbal Masih* su caridad cristiana. Pronto consiguió dejar atrás su condición de esclavo y se dedicó con toda su alma a la redención de sus compañeros. Su lucha se hizo famosa. El pasado mes de noviembre tuvo

que viajar a Estocolmo, en Suecia, para recibir un premio. Al mes siguiente recibió otro en Boston. Las cantidades que le habían entregado las empleó para construir una escuela para niños. Y, en el acto de colocar la primera piedra, declaró a la prensa que su intención era hacerse abogado para continuar la lucha contra la esclavitud infantil.

Continuar, no comenzar. Su «cruzada» contra el trabajo explotador de los niños había conseguido del Gobierno de Pakistán que ordenara el cierre de varias empresas en las que todos los operarios eran niños menores de edad. La Primer Ministro, *Benazir Bhutto* se había comprometido con él, públicamente, a apoyar su lucha.

La «mafia de los industriales» de la tapicería advirtió que su imperio comenzaba a tambalearse. El domingo 16 de abril de 1995 disparó contra el muchacho en las calles de su pueblo natal. ¿No ha sido la suya una muerte de mártir de la caridad?

Pueblos del Tercer Mundo, n.º 254, mayo 1995 **A**